

Versión Imagen

500 años de conquista la desintegración de las comunidades la integración escolar

● **Arnaldo Esté**

Escuela de Filosofía /UCV

LA CONQUISTA

Luego de la destrucción de las naciones y comunidades indígenas con la primera invasión europea con la conquista española, se inicia el proceso de constitución de una nueva nacionalidad de unos nuevos grupos de comunidades que incorporan las resultantes de agresivos y asimétricos mestizajes.

Es un proceso tortuoso y difícil porque no es el resultado de la libre confluencia de tres culturas a un ámbito común, sino que es una agrupación forzosa, bajo la égida occidental con explícitas intenciones aculturizadoras a un territorio ajeno a los occidentales. Estuvo marcado siempre por la competencia entre un conjunto que, además de ser técnicamente poderoso, prevenido y preparado para la guerra, se asumía correcto, verdadero y culto solo él.

La relación fue siempre de sentido unidireccional y censurado. El occidental siempre percibió al negro y al aborigen -y luego al nacional- como inferior, atrasado y subalterno cuando no como simple objeto o animal.

Con el pasar del tiempo el negro y el aborigen asumieron esa condición, perdieron la dignidad, cayeron en estado de dominio y creyeron que la manera de salir de su condición era la de llegar a ser como el dominador: occidentalizándose.

No se percibe la resultante del mestizaje como algo nuevo y diverso sino que se busca el reemplazo de todo rasgo no occidental, y a ello se le va a llamar

primero reducción y pacificación y luego civilización, progreso, modernización y desarrollo.

Se abjurará de todo culto, de todo lenguaje, de toda forma de vínculo social, familiar o grupal; de tosa valorativa estética y ecológica que no fuera la occidental en su versión oficial y cortesana.

Así, los grupos y naciones aborígenes fueron rotos, disgregados o exterminados de muchas maneras: desde el exterminio físico puro y simple hasta la absorción misionera y paternal, pasando por todas las variantes de esclavitud, exterminio, privación y vergüenza.

Los grupos africanos que sobrevivían la captura, reducción, venta y transporte oceánico, fueron cuidadosamente disgregados y obligados al olvido de sí.

En estas condiciones se da la maceración del mestizaje y la formación inicial de una nueva subjetividad colectiva nacional, comunitaria e individual.

La independencia fue un gran salto en esa dirección, con más intuición que conciencia y bajo la lumbre de las mismas ideas europeas se entiende la realización de la subjetividad, de la persona, como independencia política. Quince años de guerra inmoladora sembrarán recuerdos, mitos y fidelidades. Un mundo de nuevos significados que darán sentido a cosas que lo habían perdido.

Luego siguieron ochenta años de guerras civilizadoras en las que los caudillos se peleaban por sentirse los mejores intérpretes del mensaje civilizador.

Para principios de este siglo todo este torbellino había ido dejando algún sedimento en el fondo. Sedimento volátil y sin mayores logros formales y estéticos, pero perceptible y necesitado de interpretación y forma; pero los intelectuales, que lo podrían haber hecho, estaban muy ocupados (desde siempre) con las modas del pensamiento europeo o la argumentación de los gendarmes postulantes.

Lo que ahora reclamamos como "identidad" con romántico espejismo era ese sedimento de conciencia, valores y maneras de ser en lo interior, en la familia y en la comunidad.

Es entonces cuando se inicia la nueva invasión. Navegando en el petróleo llega la modernidad. No ya como la prédica intelectual y política de 1810 sino como sistema obligante de relaciones económicas y correspondientes modos culturales.

Habría que dejar todo "primitivismo" y "atraso", toda singularidad campesina y hacer entrar en razón a esta gente.

Se redescubre el arte maravilloso de comprar cultura iniciándose una carrera cada vez más veloz, cada vez más ansiosa por usar los recursos del petróleo para dejar de ser lo que somos en educación, ropa, modales, religiosidades, formas políticas, estructuras organizativas, lenguajes, expresiones artísticas.

Con esas intensiones irá funcionando Gómez conforme lo va comprendiendo. Y con ellas vendrá el liderazgo sucesivo y la democracia. Con ella se importan y compran formas de gobernar y formas de hacer revolución.

El efecto mayor de esto es el que ese magro sedimento formado entró de nuevo en el torbellino y la inestabilidad que es la condición incauta propicia para que aquellos que sí tienen sentido y conciencia de su condición vendan baratijas y se lleven la sustancia.

Nación, comunidades y personas se abrieron de nuevo a la desintegración y extravío.

Las personas se arrojaron a la búsqueda por la compra de la personalidad moderna añorada. Las comunidades escurridas precipitadamente hacia las ciudades, desaparecieron.

Esos compradores e importadores, luego de desempacar y colocarse los abalorios comprados se descubrieron más vacíos que antes. Y esos grupos inmigrantes urbanos se descubrieron impropios y extraños en su propia patria, indeseados, sospechosos que poco a poco resultaron acreedores al nombre, también importado, de marginales.

La subjetividad colectiva

La comunidad es la forma inmediata de darse la subjetividad colectiva. Es el orden concreto y real desde donde provienen los abstractos conceptuales de la vida social. Y es donde ellos se pueden comprender y transformar en acciones consecuentes. Es en ella, y en el individuo y su pensar, donde se alimenta toda creación cultural, toda formalización y toda estética posible.

El individuo sin comunidad se extingue y el peor de los casos la debilidad o ausencia de ella es sustituida angustiosamente por teatros, novelas, fetiches y consoladores imaginarios.

El vigor de las comunidades de una nación es la pauta de la intensidad y la profundidad de la vida de sus integrantes.

La pretendida fecundidad de la soledad es sólo dable porque ella es tiempo de pausa para el recuerdo o proyección de lo que se hizo o hará en compañía.

Así, se desintegraron nuestras comunidades y crearlas de nuevo o reintegrarlas es el mayor problema, la principal tarea de gobierno, de educación y de producción cultural y artística.

La comunidad es, muy sencillamente, un conjunto de individuos que comparten establemente un sentido. Comparten un sentido porque tienen una historia, un ámbito y un conflicto social común; y ese ámbito, historia y conflicto han sido comprendido y expresados, conforme a una estética, han sido hecho explícito e incorporado al patrimonio perceptible de los miembros.

Los integrantes de una comunidad se entienden unos a otros por la amplitud de su área de negociación, con gran economía de lenguaje.

En la medida en que hace historia y produce cultura una comunidad se consolida e integra, dejando referentes, que podemos llamar valores que sirven de criterios y pautas para hacer proyectos de vida y de grupos, convergentes o divergentes al pasado o a lo ya establecido, de estímulo de los propios impulsos y de evaluación de los ajenos.

La comunidad es el sujeto real de la construcción de la nación. En la medida en que el individuo o el Estado suprimen esa subjetividad y sus productos, tendrán que sustituirla aleatoriamente, caritativamente, remediativamente ya que no es posible su inexistencia total.

Como hemos anotado en otro lugar, el individuo y el grupo son instancia complementaria de la diversidad. Uno no se da sin el otro y la negación de uno es la negación de otro. El individuo sólo se percibe en el otro y el grupo es una resultante de las vigencias individuales.

En la práctica cotidiana esto puede ser percibido como un conflicto, pero puede ser un dulce conflicto en la medida en que se haga conciencia de ese conflicto y se le asuma.

Lo que llamamos participación no es otra cosa que el efecto de ese conflicto, su verificación la participación es el proceso constitutivo de la comunidad. Toda comunidad vigente es conflictiva.

LA NACION

El internacionalismo, el nacionalismo y el cosmopolitismo son nombres nuevos para peculiaridades comunitarias que se han abierto paso hacia el poder desde donde se vende como comunes y necesarias para todos.

La nación es una resultante política de la convergencia de comunidades en un territorio históricamente determinado. La nación es imprescindible para el ejercicio de la vida comunal e individual. El territorio históricamente determinado además de la riqueza material que implica, se convierte en una realidad simbólica imprescindible para la percepción de sí. Es un referente irremplazable para la comunidad y sus individuos.

Las realidades simbólicas creadas por el hombre e integradas establemente a su patrimonio, de manera similar a los componentes geográficos y ecológicos, son referentes fundamentales para la formación de proyectos individuales y colectivos, son los que le dan sentido a la cotidianidad y a la inmediatez.

La nación existe en la medida en que hace válidos los patrimonios naturales y culturales compartidos, comunes a todas sus comunidades. Una convergencia de comunidades fuertes y fértiles hace una nación fuerte y fértil.

El nacionalismo (como en otra instancia el latinoamericanismo) son conceptos políticos que habitualmente derivan en símbolos extrañados de difícil manejo. Al cobrar vida propia generan cultos excluyentes que pueden negar la diversidad. Son susceptibles, como todos los símbolos extrañados, de servir de base para sectas y religiones, amparos de poder y dominio omnímodo.

Los símbolos son inevitables y necesarios, en general. La maldad que a ellos se le atribuyen no es inherente a ellos -como tampoco implica que su solución sea la racionalidad que, como hemos visto, también ella misma resulta extrañada-. Esa "maldad" es, mejor, producto de las relaciones de poder que se montan sobre ellos.

La mayoría de los símbolos -y estamos rodeados de ellos, constantemente los producimos- son fuente de disfrute y recurso de economía y profundidad co-

municativa. Intervienen necesariamente en todo hecho comunicativo y en todo flujo de pensamiento. No son "una etapa superada por Occidente de la revolución humana" como pretende el racionalismo. Lejos de ello es riqueza y atributo constante del hombre y atraviesa la razón inevitablemente, "contaminando" su ejercicio.

Otra cosa son las culturas simbólicas. Aquellas que -como ocurrió con las racionales y modernas- tomaron el juego, la función simbólica como arquetipo modelador y criterio evaluador de toda otra función o desempeño humano. Erigidas en fuente de poder y verdad se encumbraron, alejando del acceso humano no la propia función simbólica -cosa muy difícil por ser patrimonio constitutivo e inseparable de todo hombre- sino los engendros de su ejercicio hiperbólico institucionalizado.

La resistencia

No obstante, la modernización de pretensión homogenizadora ha tropezado con tremenda resistencia. Por las endijas del dominio se ha ido colando la resistencia que cada vez más encuentra recintos de condensación que surgen en la música, en la literatura y las artes y -a veces- en insurgencias políticas.

Esto ahora comienza a ser conciencia y dignidad renacida.

Ahora bien, la comunidad no es una simple existencia física o territorial. Son múltiples las sustancias de su realización, desde la elemental existencia masiva, como aglomerado humano apenas presente hasta un vasto complejo de relaciones establecidas y explícitas.

Las relaciones se hacen principalmente en los procesos de creación y producción cultural y económica que generan comunicación y van dejando acopios de productos e historia de hechos y actividades. Productos, hechos y actividades en ocasiones se abrirán paso como símbolos de mayor o menor trascendencia que servirán de referentes para la continuidad de la comunidad, de la subjetividad comunal.

Como hemos visto, las comunidades pueden entrar en crisis e incluso perder su cohesión ética y desintegrarse como consecuencia de acciones exteriores o interiores o, lo que es más habitual, la combinación de ambos.

El proceso venezolano más frecuente ha sido el mencionado de raigambre colonizadora: conquistador político y territorial en su primera expresión de la España renacentista y económico cultural en la segunda del industrialismo modernizador. En los dos casos las comunidades fueron severamente perturbadas desde afuera provocando su crisis y caída interior.

La intensidad de producción y la actividad propia de la comunidad se puede considerar función de su integración, lo que requerirá consiguientes maneras de organizarse y distribuir tareas, responsabilidades y funciones. Siendo esa explicitud una condición de su solidez. Pero, en todo caso, la integración de la comunidad es principalmente un estado de conciencias, una circunstancia ética que se expresa en una subjetividad colectiva. Esa subjetividad colectiva se manifestará sucesivamente en hechos, actividades y productos que llevarán, cada vez más, la marca, el carácter de la comunidad como diversidad constituida.

Ahora la nación se reciente de su carencia. Sus grandes vacíos se manifiestan en angustias cada vez más persistentes. Llevada a servir en proyectos ajenos agrega a su frustración la conciencia de su hipoteca y no siente otro recurso que el de regresar a los viejos símbolos.

Reintegrar a la nación es el proceso simultáneo de integrar a sus comunidades. Conciencia y ethos de nación es la resultante de la conciencia y el ethos de sus comunidades.

Son muchas las vías internacionales y conscientes a través de las cuales se puede promover y estimular, por iniciativa de miembros más motivados la integración de las comunidades. La propia acción productiva cultural o económica que suponga participación constitutiva, creativa, productiva y dirigente de los miembros de las comunidades es, tal vez, la vía más cierta. Música, teatro, artes plásticas, exploración de la propia historia y ecología. Fiestas, juegos y recreaciones. Núcleos de producción artesanal o agropecuaria.

La relación escuela-comunidad

En otros lugares hemos planteado la necesidad de "entregar" la escuela a la comunidad.

Esto resulta un tanto metafórico cuando sabemos de la inexistencia de las escuelas y de las comunidades como comunidades integradas.

Las escuelas son el resultado de acciones gubernamentales casi en su totalidad. Son muy pocas aquellas que han surgido como producto de una actividad mancomunada comunitaria y sus historias mayormente han sido las de unas instituciones de existencia puramente administrativas. Algunas que por momento lograron una real existencia, una fuerte subjetividad colectiva con interesantes productos, se han visto avasalladas por la presión disolvente del ambiente.

Esto ha sido atribuido, generalmente, a la "explosión matricular" lo que es muy parcialmente cierto. La explosión matricular la ha habido, pero ella ha ocurrido sin que la acción educativa se propusiera como una gestión comunal, que integre, exprese y conserve las comunidades, su cultura y sus proyectos. Lejos de ello la acción educativa se ha planteado como una acción buena de por sí, cuantitativa y estado-céntrica que pretende educar a los niños en los exclusivos y apriorísticos propósitos del Estado que, como sabemos, es percibido por la nación como gobierno y, peor aún, como el ejecutivo presidencial.

Estas razones nos hacen proponer la acción de integración comunal como compañera de la acción de cambio educativo.

Ahora parece haber consenso en la necesidad de iniciar **MOVIMIENTO DE CAMBIO EDUCATIVO**. Pero éste no puede desligarse de la interacción que debe plantearse con las comunidades.

La escuela, el sistema educativo tiene una enorme red organizativa, de locales y personas capacitadas para acciones en colectivo. Ahora ese enorme capital es muy mágramente utilizado y lo es, como ya hemos dicho, mayormente para la custodia de los niños y la dotación no lograda de enseñanzas y destrezas, con escasa participación de los mismos niños o sus familias y comunidades de origen.

Lo que proponemos es que la acción de cambio educativo debe realizarse en la doble dirección de las escuelas y de sus comunidades, propiciando una interacción entre ambas que resulte en su integración como una sola comunidad. La escuela debe ser la continuidad y mejoramiento de la cultura comunal.

Esto de integración, concebida en primer lugar como integración cultural, debe entenderse en toda su importancia y profundidad.

Hemos descrito el carácter de enclave administrativo y cultural que han tenido las escuelas desde que fueron traídas por los españoles. Este carácter que se ha mantenido a pesar de la independencia y a pesar del proceso de modernización y neo-occidentalización industrial, no sólo implica los problemas de exce-

siva centralización estatal señalados desde diferentes perspectivas político económicas, sino que desde la perspectiva ética y pedagógica tiene serias repercusiones.

El efecto ético que ya hemos señalado, es el de ruptura de la subjetividad individual del niño. El estudiante se ve obligado a asumir la cultura de la escuela, a mimetizarse o a huir. Una pequeña porción, habitualmente aquella que por razones familiares tiene un antecedente cultural más coincidente con la escuela, asimila o encuentra continuidad en ella. Una segunda porción logra desarrollar eficientes mecanismos de mimesis o sobrevivencia para pasar filtros, exámenes y pruebas, reprime resistencias, permanece y egresa. Un tercer grupo, mayoritario, no logra descifrar la relación, o canalizar sus resistencias y resulta excluido. Agregándose esta causa de exclusión a las ya bien conocidas de origen socio-económico.

No obstante, en los tres casos y, sobre todo en el segundo y tercero, el efecto ético es de ruptura, porque la propuesta escolar es obligatoria y compulsiva y ya ha logrado implicarse con la condición o no de ciudadano. Si no vas a la escuela no eres persona, no eres ciudadano, eres un engendro de ACUDE.

El efecto pedagógico no es de menor gravedad. Toda la experiencia y sabiduría vital del niño es ignorada y negada por la escuela -y consiguientemente, la de su familia y comunidad-. Viene a la escuela a "hacerse gente". Esto supone que el niño no tiene nada que comunicar, no tiene significados con sentido. Si no hay continuidad cultural no hay continuidad de significados, no hay sentido, nada tiene sentido.

En esta condición la proposición del maestro y de los textos toman el carácter de una sucesión interminable de abstracciones que resultan sólo válidas y significativas como acopios memorizables para ser eventualmente contestados cuando se pregunten. Habitualmente, en las condiciones represivas de un examen.

Este efecto es terminante para los procesos de construcción de la lectura y escritura y la adquisición de los estilos y variedades lingüísticas escolares y académicas. El tan preocupante problema de la lecto-escritura y el amor a los libros, tiene mucho que ver con este choque, con esta ruptura de la continuidad cultural entre las comunidades y la escuela.

Básicamente, la lengua se desarrolla con el uso. Y el uso de la lengua sólo es real cuando se comunican significados, (que es lo que llamamos lenguajes vi-

vos) cuando se arman ristas de signos coherentes para expresar percepciones propias, mucho más que cuando se repiten sonidos o grafismos o expresiones de otros (que es lo que llamamos lenguaje muerto) los significados que tiene el niño son inseparables de su vida comunal y familiar, y ellos éncuentran cauce en ciertas formas de expresarse que son inherentes a esa cultura, y que la constituyen.

En esta perspectiva, insistimos, la integración de las escuelas y la integración de las comunidades a las que ellas pertenecen son dos procesos simultáneos e impostergables y que no se pueden soslayar al proponer un proceso de cambio educativo.

El ambiente nacional

Un gran inconveniente de estos procesos integradores es el que surge de la presiones desintegradoras persistentes de los mensajes industrialistas que están en el ambiente y que son constantemente repetidos por los medios de comunicación y por las instituciones estatales. Ellos imponen símbolos extraños, occidentalizadores y cosmopolitas que desdeñan los valores y posibilidades inmediatas de individuos y comunidades. Es decir, las mismas fuerzas que desataron la desintegración actual, persisten, aunadas a la internalización de ellas mismas en nosotros. El estado en dominio, la asunción como propios de los valores y propósitos extraños, la ruptura ética se hace cómplice de las fuerzas externas. Esta relación en plano de inferioridad con los valores europeos y occidentales, obstaculiza lo que podría ser una negociación o intercambio libre y productivo con ellos, de la cual podríamos escoger o aprender lo que decidamos y nos sea provechoso. Pero esa condición asimétrica y en dominio con ellos elimina toda discusión, toda crítica, todo discernimiento y se pretende, envidia y toma el todo sin distinción de sus pecados y en olvido de sí mismo.

Esta situación requiere el logro de un "ambiente de cambio". Este debe entenderse como un estado de disposición nacional compartido por la mayoría que permita que los avances parciales, en ciertas comunidades, no regresen tan pronto como la presión de sus iniciadores cesa, sino que los logros y avances en una escuela y comunidad se divulguen y comuniquen a las otras. Un ambiente de cambio que suponga el apoyo y estímulo de los medios de comunicación, Estado, organizaciones e instituciones nacionales y regionales que le preste cobijo y apoyo a las iniciativas aisladas que en muchas oportunidades tendrán que enfrentarse a intereses e incomprensiones locales.

Un "ambiente de cambio " no debe tomarse como sustitutivo de la acción directa de base que será siempre la fundamental. Más aún, ese "ambiente de cambio", planteado en la ausencia de la acción de base podrá ser recibido como otra presión institucional más, que no supone la participación sino la espera pasiva.

Bibliografía

F. Tonnies, **Comunidad y Sociedad**. Buenos Aires, Ed. Lozada, 1947.

Bourdieu, Pierre, **Ce que Parler Veut Dire**. Fayard, 1982.

Cassirer E. **Filosofía de las Formas Simbólicas**. IFCE, 1978.

Esté A. **Los Maleducados**. Co. Extensión., UCV, 1986.

Freire M. y Gómez M. **Nuevas Perspectivas sobre los Procesos de Lectura y Escritura**. Siglo XX, México, 1986.

Goodman K.S. "El Proceso de Lectura: consideraciones a través de las lenguas y el desarrollo", en Freire M. y Gómez M. **Nuevas Perspectivas sobre los Procesos de Lectura y Escritura**.

Gumperz J.J. and Hymes D. **The Ethnography of Communications**

Holt R. and W. Labov Williams. "The Logic of nonstandard English", 1969, en Keddie Nell, Tinker Taylor...the Myth of Cultural Deprivation. **Ed. Penguin, 1973.**

Versión Texto

500 años de conquista la desintegración de las comunidades la integración escolar

Arnaldo Esté
Escuela de Filosofía /UCV

LA CONQUISTA

Luego de la destrucción de las naciones y comunidades indígenas con la primera invasión europea con la conquista española, se inicia el proceso de constitución de una nueva nacionalidad de unos nuevos grupos de comunidades que incorporan las resultantes de agresivos y asimétricos mestizajes.

Es un proceso tortuoso y difícil porque no es el resultado de la libre confluencia de tres culturas a un ámbito común, sino que es una agrupación forzada, bajo la égida occidental con explícitas intensiones aculturizadoras a un territorio ajeno a los occidentales. Estuvo marcado siempre por la competencia entre un conjunto que, además de ser técnicamente poderoso, prevenido y preparado para la guerra, se asumía correcto, verdadero y culto solo él.

La relación fue siempre de sentido unidireccional y censurado. El occidental siempre percibió al negro y al aborigen –y luego al nacional– como inferior, atrasado y subalterno cuando no como simple objeto o animal.

Con el pasar del tiempo el negro y el aborigen asumieron esa condición, perdieron la dignidad, cayeron en estado de dominio y creyeron que la manera de salir de su condición era la de llegar a ser como el dominador: occidentalizándose.

No se percibe la resultante del mestizaje como algo nuevo y diverso sino que se busca el reemplazo de todo rasgo no occidental, y a ello se le va a llamar primero reducción y pacificación y luego civilización, progreso, modernización y desarrollo.

Se abjuraré de todo culto, de todo lenguaje, de toda forma de vínculo social, familiar o grupal; de tosa valorativa estética y

ecológica que no fuera la occidental en su versión oficial y cortesana.

Así, los grupos y naciones aborígenes fueron rotos, disgregados o exterminados de muchas maneras: desde el exterminio físico puro y simple hasta la absorción misionera y paternal, pasando por todas las variantes de esclavitud, exterminio, privación y vergüenza.

Los grupos africanos que sobrevivían la captura, reducción, venta y transporte oceánico, fueron cuidadosamente disgregados y obligados al olvido de sí.

En estas condiciones se da la maceración del mestizaje y la formación inicial de una nueva subjetividad colectiva nacional, comunitaria e individual.

La independencia fue un gran salto en esa dirección, con más intuición que conciencia y bajo la lumbre de las mismas ideas europeas se entiende la realización de la subjetividad, de la persona, como independencia política. Quince años de guerra inmoladora sembrarán recuerdos, mitos y fidelidades. Un mundo de nuevos significados que darán sentido a cosas que lo habían perdido.

Luego siguieron ochenta años de guerras civilizadoras en las que los caudillos se peleaban por sentirse los mejores intérpretes del mensaje civilizador.

Para principios de este siglo todo este torbellino había ido dejando algún sedimento en el fondo. Sedimento volátil y sin mayores logros formales y estéticos, pero perceptible y necesitado de interpretación y forma; pero los intelectuales, que lo podrían haber hecho, estaban muy ocupados (desde siempre) con las modas del pensamiento europeo o la argumentación de los gendarmes postulantes.

Lo que ahora reclamamos como “identidad” con romántico espejismo era ese sedimento de conciencia, valores y maneras de ser en lo interior, en la familia y en la comunidad.

Es entonces cuando se inicia la nueva invasión. Navegando en el petróleo llega la modernidad. No ya como la prédica inte-

lectual y política de 1810 sino como sistema obligante de relaciones económicas y correspondientes modos culturales.

Habría que dejar todo “primitivismo” y “atraso”, toda singularidad campesina y hacer entrar en razón a esta gente.

Se redescubre el arte maravilloso de comprar cultura iniciándose una carrera cada vez más veloz, cada vez más ansiosa por usar los recursos del petróleo para dejar de ser lo que somos en educación, ropa, modales, religiosidades, formas políticas, estructuras organizativas, lenguajes, expresiones artísticas.

Con esas intensiones irá funcionando Gómez conforme lo va comprendiendo. Y con ellas vendrá el liderazgo sucesivo y la democracia. Con ella se importan y compran formas de gobernar y formas de hacer revolución.

El efecto mayor de esto es el que ese magro sedimento formado entró de nuevo en el torbellino y la inestabilidad que es la condición incauta propicia para que aquellos que sí tienen sentido y conciencia de su condición vendan baratijas y se lleven la sustancia.

Nación, comunidades y personas se abrieron de nuevo a la desintegración y extravió.

Las personas se arrojaron a la búsqueda por la compra de la personalidad moderna añorada. Las comunidades escurridas precipitadamente hacia las ciudades, desaparecieron.

Esos compradores e importadores, luego de desempacar y colocarse los abalorios comprados se descubrieron más vacíos que antes. Y esos grupos inmigrantes urbanos se descubrieron impropios y extraños en su propia patria, indeseados, sospechosos que poco a poco resultaron acreedores al nombre, también importado, de marginales.

La subjetividad colectiva

La comunidad es la forma inmediata de darse la subjetividad colectiva. Es el orden concreto y real desde donde provienen los abstractos conceptuales de la vida social. Y es donde ellos se pueden comprender y transformar en acciones consecuentes. Es

en ella, y en el individuo y su pensar, donde se alimenta toda creación cultural, toda formalización y toda estética posible.

El individuo sin comunidad se extingue y el peor de los casos la debilidad o ausencia de ella es sustituida angustiosamente por teatros, novelas, fetiches y consoladores imaginarios.

El vigor de las comunidades de una nación es la pauta de la intensidad y la profundidad de la vida de sus integrantes.

La pretendida fecundidad de la soledad es sólo dable porque ella es tiempo de pausa para el recuerdo o proyección de lo que se hizo o hará en compañía.

Así, se desintegraron nuestras comunidades y crearlas de nuevo o reintegrarlas es el mayor problema, la principal tarea de gobierno, de educación y de producción cultural y artística.

La comunidad es, muy sencillamente, un conjunto de individuos que comparten establemente un sentido. Comparten un sentido porque tienen una historia, un ámbito y un conflicto social común; y ese ámbito, historia y conflicto han sido comprendido y expresados, conforme a una estética, han sido hecho explícito e incorporado al patrimonio perceptible de los miembros.

Los integrantes de una comunidad se entienden unos a otros por la amplitud de su área de negociación, con gran economía de lenguaje.

En la medida en que hace historia y produce cultura una comunidad se consolida e integra, dejando referentes, que podemos llamar valores que sirven de criterios y pautas para hacer proyectos de vida y de grupos, convergentes o divergentes al pasado o a lo ya establecido, de estímulo de los propios impulsos y de evaluación de los ajenos.

La comunidad es el sujeto real de la construcción de la nación. En la medida en que el individuo o el Estado suprimen esa subjetividad y sus productos, tendrán que sustituirla aleatoriamente, caritativamente, remediativamente ya que no es posible su inexistencia total.

Como hemos anotado en otro lugar, el individuo y el grupo son instancia complementaria de la diversidad. Uno no se da sin el otro y la negación de uno es la negación de otro. El individuo

sólo se percibe en el otro y el grupo es una resultante de las vicencias individuales.

En la práctica cotidiana esto puede ser percibido como un conflicto, pero puede ser un dulce conflicto en la medida en que se haga conciencia de ese conflicto y se le asuma.

Lo que llamamos participación no es otra cosa que el efecto de ese conflicto, su verificación la participación es el proceso constitutivo de la comunidad. Toda comunidad vigente es conflictiva.

LA NACION

El internacionalismo, el nacionalismo y el cosmopolitismo son nombres nuevos para peculiaridades comunitarias que se han abierto paso hacia el poder desde donde se vende como comunes y necesarias para todos.

La nación es una resultante política de la convergencia de comunidades en un territorio históricamente determinado. La nación es imprescindible para el ejercicio de la vida comunal e individual. El territorio históricamente determinado además de la riqueza material que implica, se convierte en una realidad simbólica imprescindible para la percepción de sí. Es un referente irremplazable para la comunidad y sus individuos.

Las realidades simbólicas creadas por el hombre e integradas establemente a su patrimonio, de manera similar a los componentes geográficos y ecológicos, son referentes fundamentales para la formación de proyectos individuales y colectivos, son los que le dan sentido a la cotidianidad y a la inmediatez.

La nación existe en la medida en que hace válidos los patrimonios naturales y culturales compartidos, comunes a todas sus comunidades. Una convergencia de comunidades fuertes y fértiles hace una nación fuerte y fértil.

El nacionalismo (como en otra instancia el latinoamericanismo) son conceptos políticos que habitualmente derivan en símbolos extrañados de difícil manejo. Al cobrar vida propia generan cultos excluyentes que pueden negar la diversidad. Son susceptibles, como todos los símbolos extrañados, de servir de

base para sectas y religiones, amparos de poder y dominio omnímodo.

Los símbolos son inevitables y necesarios, en general. La maldad que a ellos se le atribuyen no es inherente a ellos –como tampoco implica que su solución sea la racionalidad que, como hemos visto, también ella misma resulta extrañada–. Esa “maldad” es, mejor, Producto de las relaciones de poder que se montan sobre ellos.

La mayoría de los símbolos –y estamos rodeados de ellos, constantemente los producimos– son fuente de disfrute y recurso de economía y profundidad comunicativa. Intervienen necesariamente en todo hecho comunicativo y en todo flujo de pensamiento. No son “una etapa superada por Occidente de la revolución humana” como pretende el racionalismo. Lejos de ello es riqueza y atributo constante del hombre y atraviesa la razón inevitablemente, “contaminando” su ejercicio.

Otra cosa son las culturas simbólicas. Aquellas que –como ocurrió con las racionales y modernas– tomaron el juego, la función simbólica como arquetipo modelador y criterio evaluador de toda otra función o desempeño humano. Erigidas en fuente de poder y verdad se encumbraron, alejando del acceso humano no la propia función simbólica –cosa muy difícil por ser patrimonio constitutivo e inseparable de todo hombre– sino los engendros de su ejercicio hiperbólico institucionalizado.

La resistencia

No obstante, la modernización de pretensión homogeneizadora ha tropezado con tremenda resistencia. Por las endijas del dominio se ha ido colando la resistencia que cada vez más encuentra recintos de condensación que surgen en la música, en la literatura y las artes y –a veces– en insurgencias políticas.

Esto ahora comienza a ser conciencia y dignidad renacida.

Ahora bien, la comunidad no es una simple existencia física o territorial. Son múltiples las sustancias de su realización, desde la elemental existencia masiva, como aglomerado humano ape-

nas presente hasta un vasto complejo de relaciones establecidas y explícitas.

Las relaciones se hacen principalmente en los procesos de creación y producción cultural y económica que generan comunicación y van dejando acopios de productos e historia de hechos y actividades. Productos, hechos y actividades en ocasiones se abrirán paso como símbolos de mayor o menor trascendencia que servirán de referentes para la continuidad de la comunidad, de la subjetividad comunal.

Como hemos visto, las comunidades pueden entrar en crisis e incluso perder su cohesión ética y desintegrarse como consecuencia de acciones exteriores o interiores o, lo que es más habitual, la combinación de ambos.

El proceso venezolano más frecuente ha sido el mencionado de raigambre colonizadora: conquistador político y territorial en su primera expresión de la España renacentista y económico cultural en la segunda del industrialismo modernizador. En los dos casos las comunidades fueron severamente perturbadas desde afuera provocando su crisis y caída interior.

La intensidad de producción y la actividad propia de la comunidad se puede considerar función de su integración, lo que requerirá consiguientes maneras de organizarse y distribuir tareas, responsabilidades y funciones. Siendo esa explicitud una condición de su solidez. Pero, en todo caso, la integración de la comunidad es principalmente un estado de conciencias, una circunstancia ética que se expresa en una subjetividad colectiva. Esa subjetividad colectiva se manifestará sucesivamente en hechos, actividades y productos que llevarán, cada vez más, la marca, el carácter de la comunidad como diversidad constituida.

Ahora la nación se reciente de su carencia. Sus grandes vacíos se manifiestan en angustias cada vez más persistentes. Llevada a servir en proyectos ajenos agrega a su frustración la conciencia de su hipoteca y no siente otro recurso que el de regresar a los viejos símbolos.

Reintegrar a la nación es el proceso simultáneo de integrar a sus comunidades. Conciencia y ethos de nación es la resultante de la conciencia y el ethos de sus comunidades.

Son muchas las vías internacionales y conscientes a través de las cuales se puede promover y estimular, por iniciativa de miembros más motivados la integración de las comunidades. La propia acción productiva cultural o económica que suponga participación constitutiva, creativa, productiva y dirigente de los miembros de las comunidades es, tal vez, la vía más cierta. Música, teatro, artes plásticas, exploración de la propia historia y ecología. Fiestas, juegos y recreaciones. Núcleos de producción artesanal o agropecuaria.

La relación escuela-comunidad

En otros lugares hemos planteado la necesidad de “entregar” la escuela a la comunidad.

Esto resulta un tanto metafórico cuando sabemos de la inexistencia de las escuelas y de las comunidades como comunidades integradas.

Las escuelas son el resultado de acciones gubernamentales casi en su totalidad. Son muy pocas aquellas que han surgido como producto de una actividad mancomunada comunitaria y sus historias mayormente han sido las de unas instituciones de existencia puramente administrativas. Algunas que por momento lograron una real existencia, una fuerte subjetividad colectiva con interesantes productos, se han visto avasalladas por la presión disolvente del ambiente.

Esto ha sido atribuido, generalmente, a la “explosión matricular” lo que es muy parcialmente cierto. La explosión matricular la ha habido, pero ella ha ocurrido sin que la acción educativa se propusiera como una gestión comunal, que integre, exprese y conserve las comunidades, su cultura y sus proyectos. Lejos de ello la acción educativa se ha planteado como una acción buena de por sí, cuantitativa y estado-céntrica que pretende educar a los niños en los exclusivos y apriorísticos propósitos del

Estado que, como sabemos, es percibido por la nación como gobierno y, peor aún, como el ejecutivo presidencial.

Estas razones nos hacen proponer la acción de integración comunal como compañera de la acción de cambio educativo.

Ahora parece haber consenso en la necesidad de iniciar MOVIMIENTO DE CAMBIO EDUCATIVO. Pero éste no puede desligarse de la interacción que debe plantearse con las comunidades.

La escuela, el sistema educativo tiene una enorme red organizativa, de locales y personas capacitadas para acciones en colectivo. Ahora ese enorme capital es muy magramente utilizado y lo es, como ya hemos dicho, mayormente para la custodia de los niños y la dotación no lograda de enseñanzas y destrezas, con escasa participación de los mismos niños o sus familias y comunidades de origen.

Lo que proponemos es que la acción de cambio educativo debe realizarse en la doble dirección de las escuelas y de sus comunidades, propiciando una interacción entre ambas que resulte en su integración como una sola comunidad. La escuela debe ser la continuidad y mejoramiento de la cultura comunal.

Esto de integración, concebida en primer lugar como integración cultural, debe entenderse en toda su importancia y profundidad.

Hemos descrito el carácter de enclave administrativo y cultural que han tenido las escuelas desde que fueron traídas por los españoles. Este carácter que se ha mantenido a pesar de la independencia y a pesar del proceso de modernización y neooccidentalización industrial, no sólo implica los problemas de excesiva centralización estatal señalados desde diferentes perspectivas político económicas, sino que desde la perspectiva ética y pedagógica tiene serias repercusiones.

El efecto ético que ya hemos señalado, es el de ruptura de la subjetividad individual del niño. El estudiante se ve obligado a asumir la cultura de la escuela, a mimetizarse o a huir. Una pequeña porción, habitualmente aquella que por razones familiares tiene un antecedente cultural más coincidente con la escuela,

asimila o encuentra continuidad en ella. Una segunda porción logra desarrollar eficientes mecanismos de mimesis o supervivencia para pasar filtros, exámenes y pruebas, reprime resistencias, permanece y egresa. Un tercer grupo, mayoritario, no logra descifrar la relación, o canalizar sus resistencias y resulta excluido. Agregándose esta causa de exclusión a las ya bien conocidas de origen socio-económico.

No obstante, en los tres casos y, sobre todo en el segundo y tercero, el efecto ético es de ruptura, porque la propuesta escolar es obligatoria y compulsiva y ya ha logrado implicarse con la condición o no de ciudadano. Si no vas a la escuela no eres persona, no eres ciudadano, eres un engendro de ACUDE.

El efecto pedagógico no es de menor gravedad. Toda la experiencia y sabiduría vital del niño es ignorada y negada por la escuela —y consiguientemente, la de su familia y comunidad—. Viene a la escuela a “hacerse gente”. Esto supone que el niño no tiene nada que comunicar, no tiene significados con sentido. Si no hay continuidad cultural no hay continuidad de significados, no hay sentido, nada tiene sentido.

En esta condición la proposición del maestro y de los textos toman el carácter de una sucesión interminable de abstracciones que resultan sólo válidas y significativas como acopios memorizables para ser eventualmente contestados cuando se pregunten. Habitualmente, en las condiciones represivas de un examen.

Este efecto es terminante para los procesos de construcción de la lectura y escritura y la adquisición de los estilos y variedades lingüísticas escolares y académicas. El tan preocupante problema de la lecto-escritura y el amor a los libros, tiene mucho que ver con este choque, con esta ruptura de la continuidad cultural entre las comunidades y la escuela.

Básicamente, la lengua se desarrolla con el uso. Y el uso de la lengua sólo es real cuando se comunican significados, (que es lo que llamamos lenguajes vivos) cuando se arman ristas de signos coherentes para expresar percepciones propias, mucho más que cuando se repiten sonidos o grafismos o expresiones de otros (que es lo que llamamos lenguaje muerto) los significados

que tiene el niño son inseparables de su vida comunal y familiar, y ellos encuentran cauce en ciertas formas de expresarse que son inherentes a esa cultura, y que la constituyen.

En esta perspectiva, insistimos, la integración de las escuelas y la integración de las comunidades a las que ellas pertenecen son dos procesos simultáneos e impostergables y que no se pueden soslayar al proponer un proceso de cambio educativo.

El ambiente nacional

Un gran inconveniente de estos procesos integradores es el que surge de las presiones desintegradoras persistentes de los mensajes industrialistas que están en el ambiente y que son constantemente repetidos por los medios de comunicación y por las instituciones estatales. Ellos imponen símbolos extraños, occidentalizadores y cosmopolitas que desdeñan los valores y posibilidades inmediatas de individuos y comunidades. Es decir, las mismas fuerzas que desataron la desintegración actual, persisten, aunadas a la internalización de ellas mismas en nosotros. El estado en dominio, la asunción como propios de los valores y propósitos extraños, la ruptura ética se hace cómplice de las fuerzas externas. Esta relación en plano de inferioridad con los valores europeos y occidentales, obstaculiza lo que podría ser una negociación o intercambio libre y productivo con ellos, de la cual podríamos escoger o aprender lo que decidamos y nos sea provechoso. Pero esa condición asimétrica y en dominio con ellos elimina toda discusión, toda crítica, todo discernimiento y se pretende, envidia y toma el todo sin distinción de sus pecados y en olvido de sí mismo.

Esta situación requiere el logro de un “ambiente de cambio”. Este debe entenderse como un estado de disposición nacional compartido por la mayoría que permita que los avances parciales, en ciertas comunidades, no regresen tan pronto como la presión de sus iniciadores cesa, sino que los logros y avances en una escuela y comunidad se divulguen y comuniquen a las otras. Un ambiente de cambio que suponga el apoyo y estímulo de los medios de comunicación, Estado, organizaciones e insti-

tuciones nacionales y regionales que le preste cobijo y apoyo a las iniciativas aisladas que en muchas oportunidades tendrán que enfrentarse a intereses e incomprensiones locales.

Un “ambiente de cambio “ no debe tomarse como sustitutivo de la acción directa de base que será siempre la fundamental. Más aún, ese “ambiente de cambio”, planteado en la ausencia de la acción de base podrá ser recibido como otra presión institucional más, que no supone la participación sino la espera pasiva.

Bibliografía

- F. Tonnies, **Comunidad y Sociedad**. Buenos Aires, Ed. Lozada, 1947.
- Bourdieu, Pierre, **Ce que Parler Veut Dire**. Fayar, 1982.
- Cassirer E. **Filosofía de las Formas Simbólicas**. IFCE, 1978.
- Esté A. **Los Maleducados**. Co. Extensión., UCV, 1986.
- Frereiro M. y Gómez M. **Nuevas Perspectivas sobre los Procesos de Lectura y Escritura**. Siglo XX, México, 1986.
- Goodman K.S. “El Proceso de Lectura: consideraciones a través de las lenguas y el desarrollo” en Ferreiro M. y Gómez M. **Nuevas Perspectivas sobre los Procesos de Lectura y Escritura**.
- Gumperz J.J. and Hymes D. **The Ethnography of Communications**
- Holt R. and W. Labov Williams. “The Logic of nonstandard English” 1969, en Keddie Nell, Tinker Taylor...the Myth of Cultural Deprivation. **Ed. Penguin, 1973**.